



La Erudición: producto Oral y Escrito

Blanco-Amor, Maestro de Oratoria

RODOLFO GARCÉS GUZMÁN

Tenía un lenguaje exacto, preñado de metáforas justas. Era el producto de muchos años de estudios y lecturas incansables, pero también de un aire innato del decir.

Eduardo Blanco Amor era gallego de Orense y su obra abarcó todos los géneros literarios. Su estronque con Chile y los chilenos provino, sin embargo, de sus cursos de oratoria, que lo reclamaron una y otra vez, en diferentes niveles, desde los civiles a los castrenses.

Alone, que conocía sus apuros a las letras, se preguntaba, frente a sus clases de oratoria, cómo hacía este hombre para transmitir su elocuencia. Poseedor como es del don de la palabra —apuntaba el crítico— para insuflarlo requiere de atributos mágicos, por ejemplo, la extensión de manos por sobre las cabezas de sus discípulos para darles la unción o inducirlos.

“Vine al matrimonio de un amigo y ya ha nacido el fruto de aquellos benditos amores...”

Ten breves palabras señalaron su larga permanencia en el país en su discurso de despedida. El amigo era Alfonso Campos Menéndez, quien había casado con Silvia González Markmann, hija del entonces Presidente de la República, Gabriel González Videla. Recordaba el día en que fue públicamente presentado al primer mandatario. Alfonso Campos había dicho:

—Mi profesor de oratoria y amigo, don Eduardo Blanco Amor. Mi suegro, don Gabriel González Videla, Presidente de Chile.

Picaro y tal vez burlesco, el político tendió la mano y preguntó en voz alta:

—¿Cuándo me dará, maestro, unas lecciones de oratoria? El otro, rápido de mente, replicó:

—S.E. no necesita lecciones. Tuve ocasión de escucharlo, días atrás, en su elogio al señor Perón.

Era una medida intrépida. Resecó el producto de una cortesía entre mandatarios. Pero la intención, harto evidente, hizo que entre los presentes desatara un espontáneo concierto de carrastras.

Reprodujo la anécdota tal como la oyó contar a Blanco Amor.

Parece oportuno recordar al maestro tras su muerte, acaecida en Vigo, España, años atrás. Los detalles de la noticia, publicada entonces, señaló la importancia del escritor. Si la crítica habla de su obra y los honores que alcanzó, silencio, por desconocimiento, un hecho que para nosotros tiene importancia: “Chile a la vista”, publicado por Editorial del Pacífico en 1961. Recopiló y amplió los artículos que escribió en la prensa chilena, con las impresiones notables que le sugirió nuestro país, al que llegó a amar con sinceridad. Tal es el contenido del libro, que le valió la Condecoración al Mérito “Bernardo O’Higgins”, distinción raramente conferida a un escritor extranjero y que el Gobierno le brindó.

Como él señaló, “Es el producto de caminar como rapsoda y jugar”. No le bastó con los muchos artículos, cuando le propusieron editar la obra. Y retornó para hacerla más completa y directa. Fue de norte a sur y de este a oeste. Embebeció sus retinas con el paisaje y las características de las urbes. Puso en primer plano a las gentes, auscultándolas a fondo, buscando conocerlas y comprenderlas. Probó que había tratado a los chilenos en su total geometría humana.

A partir de Santiago, con sus “señoras y señoritas”, su “babelismo”, mercados corrientes e insólitos, taxistas, temblores, ladrones, gastronomía; lugares, coros, funerales; sálidos y rotos, virtudes y defectos, trazó un panorama rico en reflexiones, fiel a la par que artístico. Valparaíso le dio, seguramente, sus mejores páginas, con su “catastro delirante”, el mar “nocturno en el espejo”, sus burros y sus perros. Sobre canes hay varios capítulos, a cual mejor, plenos de ternura y pesimismo agudos, no exentos de crítica bien precisada. “Chile al sur, a paisaje planetario” —como lo llamó— con sus lagos, volcanes, ciudades, hitos y costumbres; y el norte, aludido y minero, componen una rapsodia emocionada y



Hernán Díaz Arrieta. Alone.

ambiciosa, a la vez lírica y real, con gusto salobre y acento histórico.

Escribió el libro en casa de unos amigos viamarinos: Carlos Rodríguez Rivera y Nina Anquita de Rodríguez, presidenta de Pro-arte y actualmente, de la Casa de la Cultura. Los había conocido como alumnos de oratoria, pero llegó a su hogar, por medio de Hernán Díaz Arrieta, Alone. Al planificar su vuelta a Chile, desde Buenos Aires donde residía, escribió a gente de acá pidiéndoles buscar una residencia modesta. Y Alone, luego de contar el caso a los Rodríguez, le contestó diciéndole que en calle Valparaíso, en la primera cuadra, cortiñua a la plaza, había “una penión muy barata donde lo esperaban”. Al llegar, tuvo la sorpresa de la acogida de anfitriones especialísimos, cuyo salón era un verdadero Ateneo, con la ventaja que pasó a ser alguien de la familia. Allí escribió aquel libro.

—Primero sé de medicina, luego de cocinar, tercero de literatura— explicaba seriamente a quienes se maravillaban de sus conocimientos universales. Era un escritor con mucho oficio, de lenguaje rico y mente imaginativa. Su poesía figura entre las mejores. En el ensayo destacó con trabajos sobre Castelar, Rosalía de Castro y el Padre Feijóo; pero, también abordó otros aspectos, incluido un curioso “Tratado de urbanidad”. En 1960, “Los Miedos” lo elevaron al Premio Nacional de Literatura de España. En teatro estrenó numerosas obras, entre ellas, “La Verdad Desnuda”, representada en la Comedia Francesa de París, por María Casares. Le pieza es parte de sus

“Formas y Autos Sacramentales para Títeres”.

Una novela “La Catedral y el Niño”, ediciones Salvador Rueda, Buenos Aires, se convirtió en best seller absoluto. El personaje central es la Catedral de Orense. En torno a ella, viven, sufren, vegetan o triunfan, abigarrados grupos humanos. Amor, pecado, ansias y realidades, en un manejo palpante plagado de vivencias sorprendentes. Antes, “La Escalera de Jacob” y “A Emorga”, “On Busbardos”, “Xente ao Lonxe”, éstas en su producción de idioma natal, gallego.

Como parte de su tarea y a petición de Federico García Lorca, su amigo entrañable —ya desaparecido éste— cumplió con la promesa de publicar las “Seis Canciones Gallegas”, edición quemada en Cádiz, durante la guerra, quedando de ella sólo veinte o treinta ejemplares.

A propósito del poeta gitano de talento incommensurable, decía Blanco Amor que García Lorca no nació en Granada, sino en un pueblito cercano, llamado Asquerosa. Por cierto, esto le parecía muy poco poético y mejorando el significado expresaba que vino al mundo en Aquarosa. En las cercanías de la casa del autor de “Romance gitano”, había un convento de monjas clarisas. Y Federico, que era un niño soñador y enfermo, iba hasta los muros del claustro e improvisaba inspirados versos dedicados a las invisibles religiosas. Recibía, a manera de laureles sin voces, lluvias de pétalos de rosas, que provenían de aquellas manos prometidas a la santidad.

Sus cursos sobre “Lírica española contemporánea” o sobre la gran literatura española, tenía auditorio fervoroso, tanto en Santiago como en Valparaíso. En el prólogo de un libro de relatos, estampó esta novedosa definición: “diría que un buen cuento contemporáneo es un reportaje inventado, del mismo modo que un buen reportaje es cuento propuesto por la realidad”.

Rindió cálido tributo a la filosofía, que llamaba “arte del intelecto”. Alguna vez se hizo psicoanalizar como proceso experimental para su bagaje de orador. Decía que la oratoria moderna se evade de la retórica. En eminente esta práctica y alcanza pronto coacción. En suma, logra deshacer el “bloqueo” y sumir, sumarse en su público. Principalmente exige México, pero requiere de tener algo que decir y saberlo a fondo.

Cualquier curso suyo comenzaba con ejercicios de sinónimos y antónimos. Inducía a ser cuidadosos y conocer a lo menos treinta términos para cada palabra. Cierzo día, en una cerridilla de sinónimos de amor, ya agotado el tesoro de la lengua e instado por el maestro a expresar su propia cuota, el periodista porteño Horacio Hernández Anderson, exclamó: “¡bocra...!” en medio de las risas y aplausos del auditorio formado por condiscípulos.

El primer día que llegó a la Academia de Guerra Naval, pidió sinónimos de mar y ante el estupor de la audiencia, no se contentó con océano, sino que citó pronto, pléjago y una docena de variantes. En este aspecto era implacable y predicaba con el ejemplo.

Era simple empleado de un banco de Orense cuando en plena mocedad el periodismo lo atrajo con su embrujo. Hizo sus primeras armas en la “Prensa Española” y de ahí pasó, en 1905, a “La Nación” de Buenos Aires, que lo envió muchas veces a Europa. En España perfeccionó sus estudios y regresó por treinta años a la capital Argentina, donde al final, antes de jubilar, daba cursos particulares de oratoria a personajes y personas. Pero volvió a la madre tierra para recoger honores no buscados. Hasta la hora de su muerte, ya octogenario, prosiguió una trayectoria cuya cuantía lo ha colocado entre las principales figuras literarias de la época contemporánea.

Se hizo estudiante, pero se realizó en el talento. Con afín y capacidad admirables y una sencillez que iba más allá del torrensio desbordante de su decir fluido y elegante. Entusiasta a sus oyentes, tal como Castelar, cuando tendía que gritar a las masas que le interrumpían con sus aplausos, vivamente entusiasmadas: “¡Callad, bestias, que no me dejais redondear los períodos...”

Blanco Amor, maestro de oratoria [artículo] Rodolfo Garcés Guzmán.

Libros y documentos

AUTORÍA

Garcés Guzmán, Rodolfo, 1921-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1988

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Blanco Amor, maestro de oratoria [artículo] Rodolfo Garcés Guzmán.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile